

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 6 de Febrero de 1930

Núm. 357

La opinión pública

La opinión pública es un poder temible que se ejerce imperiosamente en todos los individuos, que alaba y censura con intransigencia, que pronuncia sentencias definitivas sin preocuparse en justificarlas, que pone a ciertas personas en evidencia, mientras mantiene a otras en desdenosa obscuridad; prodiga elogios a unos, es rigurosa con otros, indulgente con sus favoritos, sin piedad para sus víctimas. Se sirve de la ironía contra aquellos que no han logrado complacerla, aplastándoles sin compasión, bajo el ridículo, y prodiga injustamente laureles y alabanzas a ídolos.

Tanta fuerza y tanto crédito posee la opinión pública, que muchas almas débiles tienen como principal preocupación ganar su aprecio y como temor supremo, perder su estima. Estos seres pusilánimes, fácilmente atemorizados, llegan hasta el punto de regular su conducta bajo la dirección de aquélla; hacen lo que los demás aprueban, se abstienen de lo que otros conservan, son como niños miedosos que obedecen por temor a un castigo, por obtener una recompensa, sin averiguar si la acción mandada es buena, o si es malo un acto prohibido.

Debemos apartarnos de tal error porque no pertenece a los demás el cuidado de determinar nuestros deberes; tenemos una conciencia que nos guía y a quien hay que dedicar nuestra docilidad. Nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras acciones no pueden tener como fin el deseo de satisfacer y el temor de desagradar a los humanos, porque dependemos de una autoridad más alta. Fortifiquemos nuestra alma para darle una noble independencia con relación al juicio de nuestros semejantes, acostumbremosla a no inclinarse más que ante la ley cristiana.

El encarecer con insistencia a cada una de vosotras a aceptar vuestras responsabilidades, a decidir vosotras mismas cuales son vuestras obligaciones, a practicar la virtud sin ningún cuidado del ambiente que os rodea, no quiere significar que haya que desafiar la opinión pública; hacerse su esclavo es aceptar una servidumbre moral indigna, pero rebelarse contra ella quiere decir, muy a menudo, sembrar el escándalo entre los timoratos; es casi siempre fácil conciliar nuestro deber con la deferencia que se debe a las opiniones de la masa; si ponemos en ello nuestra buena voluntad, llegaremos a obrar según la ley divina sin turbar los débiles espíritus parásitos que son incapaces de un pensamiento y de una apreciación personal; tal debe ser el límite y la medida de nuestra sumisión a la opinión pública.

Pero sucede que no solamente somos tributarios de este poder temible; somos además, con frecuencia, sus inspiradores. Este tirano anónimo no reside en un solo individuo, no recibe las órdenes de unos labios únicos, sino

que, muy al contrario, es creado por la multitud, lo cual constituye a la vez su fuerza y su preponderancia.

El entusiasmo, el odio, la indignación, la complicidad, se mezclan, se compenetran para formar la opinión corriente, por lo tanto todos tenemos parte en su formación, el más pequeño entre nosotros puede influir en ella. Y naturalmente, los más activos, los más ardientes, los voluntariosos, son los que poseen influencia preponderante en su orientación. Fácil es darse cuenta de ello, observad un grupo, una familia, una asamblea de espectadores y mirad cómo se forma la admiración colectiva, como se levanta la cólera del conjunto. Al lado de las unidades pasivas que forman la masa, existen espíritus inteligentes que orientan los sentimientos dispersos y las ideas confusas.

Los que ejercen este movimiento director son capaces de prestar inmensos servicios a la colectividad. Pronunciar una palabra indulgente, poner de relieve un heroísmo culto, emitir una hipótesis caritativa, disipar una sospecha, reunir un conjunto de circunstancias atenuantes, según el caso y la necesidad, he aquí una tarea que puede modificar las convicciones de los demás.

Tengamos ánimo para llevar a cabo ese trabajo, para mayor provecho de los débiles y apocados, de los que son sensibles a las sugerencias que les rodean. De este modo ayudamos a la opinión pública a colaborar al bien.

LISETA

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Enero de 1930.

La Primavera

Como repetidas veces lo hemos dicho, la moda exige que sus estaciones se anticipen a las del calendario. Todavía no hemos tenido nieves en París y ya se habla del buen tiempo... Ya tenemos a la vista las colecciones primaverales.

Por ellas podemos apreciar que los estampados seguirán en su actual preferencia. Los tejidos llevarán estampados vistosos. No quiere decir esto que dejen de mostrarse tejidos no estampados también se llevarán esta primavera. Y en cuanto al corte, la tendencia es a los cuerpos llanos y de hombros caídos. La cintura por delante un poco más alta que por detrás. Faldas con volantes. Telas moteadas o con «patas de gallo». Colores oscuros, granate o amaranto. También gris tórtola. Esto se entiende tratándose de telas de un solo color; no las estampadas que admiten multitud de fondos, de los que se destaca la estampación.

Una novedad son las grecas hechas con recortes y que adornan los bordes: también se usarán unas tiras de terciopelo o de seda, colocadas de alto abajo del vestido y que desde las caderas van ensanchándose hasta la parte baja de la falda. Otra novedad son los volantitos en las mangas, cuatro volantitos. En algunos cuerpos también lacitos, puestos en el escote, que descubre poco la garganta.

Consecuencia de la nueva línea es la reaparición del corsé. Es decir, de un ceñidor parecido al corsé, aunque sin las rígidas ballenas que atormentaban en épocas pasadas. Entiéndase que estamos hablando de los trajes de costurera.

En cuanto a los sastrés—y parece que estará en gran auge esta primavera—tendremos lo que hasta cierto punto es una novedad: los «sastrés» de seda. Los vestidos de corte de sastré, hechos con tejidos de seda. Pero estos tejidos se reservan para los trajes usuales por la tarde; los de mañana seguirán siendo de jersey o de «tweed», de bure o de kasha. También se continuará el uso de los «sastrés» de paño, serja, marroquí de lana. La moda del traje de sastré conduce al uso de las blusas, de forma camisero. Hay muchos modelos de éstas, pero predominan las blancas. Los crepés de un solo color no excluirán los estampados: de éstos hay muchos con flores, fantasías y hasta figuritas que resultan graciosas y muy originales.

Traje «camisero». No nos olvidemos de este género de vestido. La falda es de lanita y el cuerpo de lanita también, pero más ligera: a veces de velo o de seda: crepé de China unicolor o chantung, «twil» o diversos crepés.

Actualmente continúa la predominancia del color negro, pero no desaparecen el verde y el azul marino. El beige se mantiene. Ahora, para la primavera, parece que tomarán la ofensiva contra el negro los colores encarnado y el azul claro.

Sombreros: siguen los pequeñitos, con la copa adornada por recortes o con drapeados. Reaparecen, aunque tímidamente las alas, que hacen algo de sombra en la frente y por momentos veían graciosamente la mirada.

Manteaux: esta primavera serán pequeños y de corte recto: verdaderas jaquettes «sastrés» que modelan el cuerpo. Atención, sin embargo, porque para que siente bien esta prenda se requiere un cuerpo delgado y juvenil. A estos manteaux cortos corresponden las faldas largas: es decir, un poco más largas de las que se llevaban la primavera pasada; un poco más largas y con cierto vuelo, a partir de algo por encima de la rodilla.

Y con esto, si sentimos, como en París es fatal, una acometida del frío en febrero o en marzo, las modas primaverales se abstendrán de salir a la calle. Y cuando salgan, tal vez no sean las mismas que hoy nos dan los apresurados modelistas.

JAQUELINE

LA FUERZA MORAL

Nadie adquiere la experiencia de la vida sin comprobar que entre sus rodajes, tan sencillos aparentemente, se desliza el polvo, se incrusta el moho y se producen desarreglos.

Para empujar, pues, la rueda de nuestras ocupaciones diarias, para arrastrar el carro entre el traqueteo inevitable del camino, para soportar el peso que nos abruma más de lo que habíamos previsto, hay que ser fuerte.

¿Qué dificultad parece que puede existir, cuando niños, en obedecer a nuestros padres, destinados precisamente a poner su cariño atento, al servicio de nuestra pequeñez? ¿Qué inconveniente parece haber en someterse a los deseos de aquel a quien hemos escogido para labrar su felicidad y la nuestra? ¿Qué contrariedad habrá en seguir siempre una recta línea de conducta cuando sabido es que en el terreno moral como en geometría debe conducirnos más pronto que otra al término, resolver el problema de ser dichoso?

Y sin embargo, desfallecemos con frecuencia en la tarea, ¡Cuán dichosos son los fuertes!

El haz que a nosotros nos parece tan pesado, lo levantan ellos sin dificultad, el trabajo que a unos les agota, a ellos les parece un juego; su robustez les permite largas carreras y admite las restricciones momentáneas.

Felices, sí, los caracteres fuertes; conocen como los demás los movimientos de atracción y repulsión, pero saben escoger y querer, y el bien que han elegido lo hacen porque lo han querido; comprenden las dificultades, las estudian y las

afrontan en lugar de huir de ellas, resolviéndolas sin miedo y sin orgullo.

¿Han nacido así esos favorecidos? Quizá lleven en sí un excelente equilibrio de sus facultades, pero están seguros de que les ha formado la educación, desarrollándoles en el sentido de la energía y ellos mismos se han fortalecido con el esfuerzo cotidiano.

Vuestros pequeños, hallarán pronto la dificultad ante ellos; endulzádsela, pero no la suprimáis; medid sus grados, pero acostumbrales a vencerlos. Ese es el aprendizaje de la voluntad.

«¿Quieres obedecer a mamá? Ya ves que sabe mucho más que tú y que te considera como su tesoro más apreciado. Pues bien, ya que quieres obedecerle, tienes que mostrarte más fuerte que la pereza, más fuerte que la gula, más fuerte que ese afán de molestar, los cuales quisieran que les cedieses para hacerte después desgraciado.»

Y más tarde:

«¿Dudarás entre una sonrisa de ese muchacho que ni siquiera puede llamarse amigo, y las enseñanzas que has recibido, los principios que profesas y el honor de tus conocimientos. ¿Quién será más fuerte sus chanzas o tu dignidad?»

Y vosotras mismas, lectoras, ¿deseáis sino ser fuertes? Habéis sido formadas moralmente con sanas lecciones y buenos consejos desde vuestra infancia. El deber para vosotras es la casa, el marido, los hijos, un marco de personas escogidas o toleradas, de cosas deseadas o soportadas, una tarea diaria y una progresiva elevación del alma hacia el infinito. ¿Por qué teméis faltar a él? Solo se necesita querer.

Pero los mejores temperamentos necesitan fortalecerse. Alimentaos, pero no con dulces, ni merengues, sino con platos sanos, y frutos maduros. Leed y medita.

Leed a aquello que pueda introducirnos en el espíritu el aplomo y la fuerza. El Evangelio, los Padres de la Iglesia, la Historia, las vidas heroicas de esos hombres y de esas mujeres que sabían lo que querían y lo consiguieron. Cuando haya leído algunas de esas páginas que infunden la generosidad en las venas, guardadla como un estimulante y afrontad la Vida o más sencillamente el día y sus pequeñas miserias, con labios sonrientes y corazón animoso.

Y el mejor alimento de vuestra alma, ya sabéis dón de podéis pedirlo; cerca de Aquel que nos da el pan nuestro de cada día.

P. DE ASVIN

Las dos edades

La joven generación actual tiene la pretensión de diferenciarse netamente de su antecesora. No debe sorprendernos: en todo tiempo las generaciones jóvenes han tenido la misma pretensión; salidas a penas de la infancia, descubren una personalidad precisa, interesante (naturalmente) y sobre todo muy superior a la de sus precedentes; se creen en posesión de la verdad definitiva y consideran que su manera de ver, de juzgar, de conducirse representan un cúmulo de sapiencia nunca alcanzado hasta entonces y difícilmente traspasado por las generaciones venideras.

Pretensión conmovedora que hace sonreír con indulgencia a las personas de edad madura, al recordar que ellas también habían estado, en otro tiempo, animadas por un sentimiento análogo.

No olvidemos, sin embargo, que en esa temeridad se encuentran una fuerza impetuosa, una poderosa actividad y una audacia que permite a los jóvenes la realización de obras irrealizables por gente desengañada y endrécida; la confianza y el ímpetu de los menores crean a veces maravillas que son la admiración de los mayores.

La colaboración del impulso fogoso de los jóvenes con la experiencia reflexiva de los ancianos

nos puede ser muy fecunda; la rivalidad entre las dos edades sería por el contrario, desastroso.

La creación de esta colaboración pertenece naturalmente a los mayores y aun les resultará fácil siempre que traten con fraternal benevolencia a los recién llegados a la liza.

Lo que verdaderamente constituye la característica de una nueva generación es quizá lo que menos depende de ella; son las circunstancias y los hechos anteriores que han creado el medio en el cual evoluciona aquélla; sus recursos y necesidades son producto de los trabajos y de las faltas de sus predecesores y forman un todo completo caracterizado por ciertas maneras, necesidades y tendencias de las cuales es ella la beneficiaria o la víctima, más que la autora; una real filiación une pues a las dos edades y confiere a ambas derechos y deberes.

Por falta de comprensión de sus obligaciones recíprocas esas dos generaciones sucesivas corren el riesgo de levantarse una contra otra en una rivalidad peligrosa que derrocha sus respectivas riquezas.

Aquellos que han vivido ya, poseen la experiencia, esa ciencia sin par, capaz de prever, con frecuencia, sin error alguno, el porvenir. Locura sería, pues, privarnos de su claridad; las enseñanzas que proporciona, las vacilaciones que evita, son innumerables; ella procura los frutos de trabajos anteriores, permite franquear una etapa y es la base indispensable del progreso. Si no se utilizara la experiencia adquirida la humanidad andaría a tientas, tropezando; cada ser tendría fatalmente que rehacer la labor de sus padres, si rechazase la herencia de los instrumentos perfeccionados por aquellos que le han precedido.

El papel de los mayores en la sociedad es pues esencial y no podría reducirse sin menoscabo del conjunto; pero ese papel hay que representarlo bien, con dignidad, con firmeza, con justicia y benevolencia, para que no resulte áspero, egoísta, ni tiránico.

Los jóvenes tienen con relación a sus predecesores una mentalidad de niños respecto de sus padres; esperan mucho de ellos y no piensan en darles nada en justa reciprocidad; en cambio soportan gustosamente y aceptan de buen grado la autoridad que se manifiesta prudente y desinteresada.

En el mecanismo social el individualismo excesivo es no sólo una falta moral, sino también un error del espíritu, un contrasentido, un illogismo, una piedra en el engranaje.

El interés del conjunto exige la utilización de cada elemento según su propio valor; por otra parte el bienestar de cada uno, depende, a fin de cuentas, del buen funcionamiento general.

Ni los adultos prematuros ni los eternamente niños contribuyen a la felicidad común en todos los dominios, ni en la sociedad, ni en la familia. Ciertas abuelas con faldas de niñas y cabeza de jovencitas no pueden ser «verdaderas» abuelas; así como ciertas adolescentes osadamente emancipadas son malas hijas y se preparan a ser malas esposas y madres.

La audacia y la presunción de la juventud actual son innegables, pero esa juventud, ¿es acaso la única responsable de la crisis de autoridad?

Si el dique se rompe al impulso de la nueva corriente, es sin duda debido a la violencia de ella, mas quizás también el dique tiene menos

solidez en sus bases o principios, menos firmeza moral que antes.

Comprendemos que el reproche que podría hacerse a los mayores no debe ser generalizado; un padre, un patrono, un jefe, con todo el valor necesario para llevar a cabo su tarea, verán tal vez, a sus hijos, a sus subordinados, arrastrados por el movimiento, sin que ellos hayan merecido en lo más mínimo, tales pruebas.

La acción común debe luchar contra el mal común.

Los que no tengan parte en el estado actual y los que no tengan más que una pequeña responsabilidad se hallan en la obligación, igual que los verdaderos culpables, de estudiar la peligrosa situación que trata de establecerse; deben procurar la colaboración estrecha y cordial entre las dos generaciones; dejando a la que posee la experiencia la dirección inteligente y generosa, y a la que comienza, la actividad impetuosa regulada por el respeto dócil hacia sus maestros naturales.

LISETA

PENSAMIENTOS

El amor que aspira sólo al interés es un pecado; el que sólo pretende la posesión, es un delito, y el que sólo ama el amor en sí mismo, es una virtud.

—El bien es la civilización del hombre, el mal es su rutina; por eso el hombre aferrado a sus instintos y tradiciones en pleno siglo XX predica el bien como civilización y practica el mal por rutina, olvidándose de que ha nacido para el bien.

—Las grandes pasiones nacen de los grandes desengaños; como a su vez los desengaños tienen su origen en el hastío de los placeres que proporcionan las grandes pasiones.

—Cada cual encuentra una virtud en cada uno de sus defectos.

—La mujer es como un niño que siempre suplica besos y caricias; al contrario del hombre que no suplica; sino que exige su felicidad.

Mateo Asensio Gimferrer.

EL SECRETARIO

NOVELA ORIGINAL DE
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

Obra premiada por el
PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS

Precio 5 pesetas.

VÉNDESE EN MAHÓN EN LA LIBRERÍA DE
MANUEL SINTES ROTGER — Plaza del Príncipe, 17.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

—POR—
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(71)

—Pues como usted quiera. Verá qué hermoso es aquel lugar donde se congrega mucha gente, y a usted que le gusta conocer tipos los verá de todos los colores... Además podremos seguir nuestra conversación.

—Sí, hemos de seguirla, a ver de qué medios valernos para conseguir que doña Mercedes ceda esa casa que tiene en la salida del pueblo, que usted dice que es tan buena, y se instala allí su escuela lo antes posible, pues verdaderamente debemos hacerlo todos por humanidad. Yo no puedo recordar sin asco y sin rabia la mala impresión que me ha producido entrar allí.

—¿Cree usted fácil el conseguirlo? —preguntó la señorita de Montreal a María Victoria.

—Ni fácil ni difícil; pero soy bastan-

te optimista, porque voy consiguiendo interesar más de lo que creía a muchas personas principales en estos asuntos. Un poco que hacen ustedes y otro poco que hago yo, todo es trabajar por lo mismo, y como al regresar de su escuela solté una filípica tan enérgica contra el abandono en que la tenían las autoridades... veo que les ha producido efecto. Yo creo que haremos algo.

—Así sea—contestó la maestra llena de aliento.

Habían llegado las dos amigas al amplio vestíbulo de la casa de Estrada donde estaba esperándolas ya la dueña acompañada de Carolina y otra muchacha amiga de ésta. Frente a la puerta estaba dispuesto el auto para marchar, y en toda la calle se advertía un desusado movimiento de gentes que en grupos pintorescos se dirigían a la romería tradicional de San Antón, con la santa intención de divertirse.

La tarde se presentaba con los más rientes atavíos, y no obstante estar en pleno enero, la temperatura parecía del trópico y el aspecto de la huerta también, pues los naranjos y los da-

tileros se mostraban en toda la opulencia de su rubio fruto.

—Puede usted tomar el empalme de Redován, Gabriel; a la vuelta entraremos en Orihuela y regresaremos por la carretera de Almoradí—dijo al chófer doña Mercedes.—¡Ah!... y vaya desamparo para que podamos ver bien todo el camino.

Empezó a andar el coche con una velocidad moderada. Fueron dejando las calles desiguales de Valdetorras, donde algunas ancianas tomaban el sol en sus sillas de esparto, la vereda plantada de eucaliptos donde la gente moza paseaba los días de fiesta, y pronto se encontraron en plena huerta, donde la carretera se desliza rectilínea y firme entre líneas compactas de moreras y plátanos.

—¡Qué hermosa está la tarde!—grita Carolina riendo al pensar en lo que va a divertirse con el pretendiente que empieza a rondarla.

—Muy hermosa—asiente admirada la duquesa de Mur en súbito deslumbramiento. Es de un hechizo indescriptible el color que tiene el cielo esta tarde. Parece un cuadro de brujería el que ofrecen a nuestros ojos, con

sus contrastes, este cielo y este sol y esta huerta que siempre está lozana y dispuesta para el trabajo.

—¡Qué verdad!—contestó complacida la viuda de Estrada, que adoraba fervientemente la tierra natal y no concebía que hubiese otra mejor.

Estaban ya en pleno corazón de la huerta. Era todo en torno a la sierra de Redován como un gigantesco soldado que diera guardia a tantos veneros de riqueza extendidos ante sus ojos, y continuaba más allá, al otro extremo del campo plantado de olivos, por la sierra de Orihuela, más amplia más extensa y más accidentada, cual otro centinela avizorador. Entre sierra y sierra se abría en lontananza como un valle, en cuyo fondo aparecía otra muralla de montes cuyo color plumizo contribuía a enriquecer la gama mara villosa de la tarde.

Al llegar a la Campaneta, torcieron a la derecha para enfilar hacia Redován, que se precisaba allá enfrente, agrupado en la falda de la montaña, con sus casitas blancas esparcidas como corderillos entre cenefas de pitas y de palas,

La jardinería en macetas

RESEDA EN ARBUSTO

Quizás no has visto jamás la reseda sino en su forma ordinaria de planta herbácea. Es un arbusto ya formado, a menos que habitases en el Norte de Francia, donde tales arbustos están en boga. Nada importa; voy a manifestarte qué modo puedes proporcionártelo. Compra y llanamente una mata de reseda.

Pones esta reseda, que probablemente vendrá de semillas y estará compuesta de plantas, en dos macetas, y cortarás de cada una los tallos menos uno. Como la reseda es una de las plantas más rústicas, y no que se la trate con muchos miramientos, la única que conservarás en el centro de la maceta podrá cortarse, no dejando más que una rama que apoyará en un rodrigoncio de caña mimbre. La extremidad de ese tallo dará una piga de capullos que cortarás por debajo del capullo inferior; el tallo, por efecto de este cenamiento, dará una multitud de ramas que irán creciendo hasta que tengan medio palmo de largo.

Entonces escogerás cuatro, seis u ocho ramas según la fuerza de la planta, bien espaciadas entre sí. Con una cañita, o mejor, con un cabo de ballena, formarás un arco con el cual sostendrás las ramas de la reseda, y cuando hayan crecido otros seis u ocho centímetros y se disponga a recoger, las sostendrás con otro arco semejante primero.

Cuando las ramas hayan florecido, suprimirás las flores, sin dejar a las cápsulas que encierran la semilla el tiempo para formarse, puesto que de otro modo la planta correría peligro de morir. Nuevas ramitas nacidas debajo de las espigas las flores cortadas, tardarán poco en brotar, y seguida escogerás la mejor, colocada como antes de reemplazo.

Poquito a poco el primer tallo se irá haciendo leñoso, la parte baja de las ramas se irá lizando a su vez, y la reseda no será ya una planta herbácea sino por sus extremidades superiores, que florecerán todo el año sin interrupción.

Esta será una reseda en arbusto, de duración por decirlo así, infinita, puesto que cuidadosamente, una reseda de esta especie vive de diez a quince años; las he visto en Holanda que tenían más del doble de dicha edad.

CONSEJOS ÚTILES

Los cepillos que sirven para la cabeza o vestidos, no deben lavarse jamás con agua. Si en caso de estar muy engrasados se sumergen en agua que tenga una décima de su volumen amoníaco; se sacan al cabo de tres o cuatro horas, se enjuagan con agua abundante y se secan con cuidado a la sombra.

Asegura un doctor que de todos los remedios para dejar de fumar, acaso el más rápido y seguro consiste en llevar en el bolsillo un puñado de manzanilla y echarse a la boca una flor cada vez que se sienten deseos de encender un cigarrillo.

Imp. de Manuel Sintes Rotger. — Plaza del Príncipe, 17.